Kókkina

Geovanny de Sosa

EDITORIAL UCR

Kókkina

Geovanny de Sosa

EDITORIAL
UCR
2018

863.5
S715k Sosa, Geovanny de, 1972-
Kókkina / Geovanny de Sosa. –1.ª ed.–
Costa Rica: Edit. UCR, 2018.
179 p. : il.

ISBN 978-9968-46-672-1

1. NOVELA COSTARRICENSE. 2. LITERATURA COSTARRICENSE. I. Título.

CIP/3189
CC/SIBDI.UCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.
Primera edición: 2018.

Editorial UCR es miembro del Sistema de Editoriales Universitarias de Centroamérica (SEDUCA), perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Corrección filológica: *Darsy Navarro C.* • Revisión de pruebas: *Euclides Hernández P.*
Diseño de contenido, diagramación, montaje de portada y control de calidad: *Abraham Ugarte S.*
Ilustración de portada: *María Daniela Espinoza C.*

© Editorial de la Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. Costa Rica.

Apdo.: 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257 • administracion.siedin@ucr.ac.cr • www.editorial.ucr.ac.cr
Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN. Fecha de aparición: marzo, 2018.
Universidad de Costa Rica. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio.

Proemio

¿Qué distrae, qué redirige las miradas?
¿Tu enagua corta, tu pelo suelto con rastros de
chispas de cometa, el arcoíris ondeante de tu
perfume o el terremoto de caderas?
¡No! Son las risas de tus pasos
en tacones altos, cascabeles, panderetas,
castañuelas españolas y cuerdas americanas.

Lo sabe, pero se hace la desentendida. A su edad el despiste es un medio para caminar impasible sin tener el hígado en la mano cada tres metros, y evitar la saliva amarga sazonándole las encías. De todo ha escuchado, obscenidades revestidas de hipocresía y obscenidades resplandecientes de honesta integridad, pero solo obscenidades al fin. "El chiste aquel, de la falta de caballerosidad en ceder el asiento en el bus, es filosóficamente profundo: caballeros hay… lo que no hay es asientos".

A la esposa del profe de Música se le adelantó la cigüeña un mes. Gracias al enredo en el calendario del pajarraco, caminaba en el parque de Los Mangos con un helado de chocolate. "¡Huy, mi amor, dichoso el helado!". Y le da un lascivo lengüetazo. "Y todavía no tengo quince. De aquí a eso tendrán que hacerse pantalones con una jareta bien grande".

Se ríe sin complejos, no le molesta verse como una loquita, pues ese parque es famoso por las personas de corte extrovertido socialmente aceptables; una más no está de más, piensa.

Pasa al frente de la catedral. Chequea su reloj. Un mechón rojo le tapa media cara. Se lo aparta con sensualidad, en una sacudida de cabeza al estilo de las modelos en los anuncios de cremas para cabello. Da unos pasos y una gota del helado le chorrea en la rodilla que está de cara a los poyos del parque. "¡Huy, mi amor, si yo fuera el helado!". Se limpia el embarrijo delicadamente con un dedo y se lo chupa. Sonríe sin mirar hacia el poyo bocón. Nota que el helado también ensució el borde de la enagua corta del uniforme. Levanta las facciones y el sol se solaza acariciándole el pelo e insinuándole propuestas al oído poco decorosas.

Una risa en el derecho, una risa en el izquierdo.
Ahí vas, muchacha, una fiesta armada con risas ensueladas,
carcajadas del verano bajo eróticas palmeras,
imantadas piernas que decoran,
con pupilas de latón,
tus medias de seda.

Lo sabe, pero se hace la descreída. Camina con un contoneo natural, sin fingimiento. Los bordes laterales de la minifalda de paletones del colegio no saben si van o vienen. Como hace calor ha soltado un botón más de la blusa. El escote es dadivoso sin llegar a la entrega fácil. Ronda el parque en el sentido de las agujas del reloj, y deja, como dichas manecillas, una estela de minutos usados en descifrar el misterio de unas piernas jugosas e imposibles de pasar sin dejar un comentario y una boca abierta. "¿Por qué Carla no fue a clases hoy? La vi tan rara ayer. ¿Les habrá contado a sus papás?".

¿Adónde caminas, adónde llevas tus risas?
¿Al norte, al sur,
al mar de las sirenas,

al desierto de los mil cuentos
o al monte del tucán en veda?
Adonde sea, pero llévame subido en el bailoteo de tus pasos.

Ya terminó su helado. Sigue chupando la paleta como consuelo por el sabor perdido. Su caminar lleva cadencia de reguetón. Pasa al frente de dos ancianos cómodamente sentados que la miran escrutadores.

—Si mi hermana se hubiera vestido así, en mis tiempos habría sido tachada de mujerzuela, y eso que lleva puesto el uniforme del colegio.

—Y ¿no es que tu hermana tuvo un güila siendo soltera allá en tus tiempos?

—¡Insolente!

El viento levanta polvo del suelo para tirárselo a sus ojos verdes. A ciegas se quita el bolso de la espalda y saca un pañuelo. Envuelto en él, viene algo. Con una mano se limpia los ojos y con la otra sostiene la prueba que compraran en la farmacia. Decide llamarla. Sus ojos verdes palidecen. No contesta la amiga. Lo intenta de nuevo. No responde. "¡Huy, mi amor, cómo hago para ser el celular!".

Quiero reírme hasta llorar contento,
porque hoy,
estremeciéndome en la piel de tus caderas,
drogándome con los perfumes de tu cuerpo,
besando tus mejillas escarchadas con sabor a fresa,
comiendo las puntas de tu pelo,
riendo con las risas de tus pasos,
quiero llorar, llorar por los años en que te hirieron.

(Albertto del Alto, "Reír Hasta Llorar",
Risas Eternas de Mujer. Ed. Florete Rojo, San José, 2020)

Le quedan veinte minutos de albedrío, veinte minutos para terminar de esparcir su polvo de hadas en las cabezas de los poyeros y ponerlos a volar. "Si supieran la edad que tengo…". Cansada de hacer una zanja con el rítmico caminar se sienta en un poyo. Cruza la pierna. "¡Huy, mi amor, cuánto daría por ser ese poyo!". Y el público de los restantes tres lados del parque lloraron su desdicha.

Está seria, no sonríe. No es cansancio. Es preocupación. Sigue en su intento con el teléfono. *El celular llamado está apagado o fuera del área de cobertura*. Ve en la pantalla la fotografía de ellas dos que tomó solo ayer, sentadas en una banca de cemento del colegio, haciendo muecas, sacando la lengua, su amiga con los ojos bizcos, ella sosteniendo el teléfono a la altura de sus rostros. "¿Por qué no me contestás, macha? ¿Se le habrá descargado?". Va a guardar el móvil cuando entra una llamada. Es el número de la casa de su amiga. Siente alivio al pensar que es ella. Contesta dejando escapar una sonrisa de "¡por fin!". Pero es la madre, no la amiga. "Sí, soy yo, ¿cómo está? ¡Qué dicha que llama! He estado un buen rato tratando de comunicarme con Carla sin…". Hay silencio. Mucho silencio. El silencio lo envuelve todo. Ya no escucha los piropos, los pitos de los carros que le tocan en su honor, la gente pasando en carrera para no llegar tarde. "Dígame que no es cierto, señora, dígame, por favor, que no es cierto… Carla, ¡por Dios!, Carla… Carla… ¡no, no!". La gente sigue pasando, los carros siguen con sus pitos desaforados y los piropos lloviendo… Ella fue consumida por el poyo. Hoy no le va importar decir la verdad cuando llegue tarde a su casa. "¡Huy, mi amor, cuánto daría por ser ese poyo!".

I

La compra

¡Vaya, esa casa!... Desde que establecí mi oficina en su actual ubicación he tenido que pasarle por el frente cada día. Y siempre llamó mi atención verla tan descuidada. Era extraño que una propiedad aparentemente hermosa, con una casa aparentemente bella, no hubiera sido blanco de algún tipo con buenos billetes (aunque fueran del lavado de dólares…). El cartel de "Se Vende" se cayó varias veces, la mala hierba estaba haciéndose la idea de reclamar derechos de inquilinato en sus tapias, y la pintura de la fachada, vista sin dificultad desde la calle, reclamaba una manita de gato. Mi fascinación llegó al punto de detenerme un día para pasear por un tramo de acera, aquella que doblaba en la esquina y, llegando hasta el fondo de la calle ciega, dejaba ver hacia dentro gracias a unos pequeños orificios en el muro. Y fue de esta manera que inició mi ilusión: al regresar a mi carro, un sujeto alto y bien gordo abrió una pequeña puerta de acceso en el portón eléctrico, otrora funcional, y tuve la curiosidad de hacerle varias preguntas. El hombre era el agente de bienes raíces encargado de toda esa belleza. Mis indagaciones fueron bien decodificadas. Nos daríamos cita de negocios en horas de esa misma tarde.

No en vano soy empresaria. Y no en vano el hombre es vendedor. Ambos sabíamos cómo tratar al otro, entendíamos las palabras que no se dicen, captábamos el significado de los gestos y ademanes.

Sin entregar, sin dejar, sin ceder. Cada uno moviéndose en un lago como lo hace un cisne, calmo y grácil en la superficie, pero agitado y trabajoso bajo el agua. Tuve que contener sonrisas provocadas por aquel juego diplomático… y estoy segura de que él también.

Terminamos el primer encuentro dejando todo en un "después". Y digo el primer encuentro porque a este le siguieron tres más, muy afables y muy estratégicos. Al final, nos dimos la mano y definimos lo concerniente a la compra-venta. Yo estaba eufórica. La casa y la propiedad entera tenían un aire anquilosado que me atrapó. Ya me veía recorriendo cada palmo, desempolvando cada rincón con una escobilla manual. Me fascina hurgar entre las cosas viejas. Quizá debí ser arqueóloga, pero ni modo, ya lo estudiado, estudiado está. Mas una casa como esta vale la pena "escarbarla", sacudir un poquito las esquinas. Si las paredes tienen oídos de seguro también tendrán boca, la cantidad de cosas que una podría escuchar.

Firmamos los papeles antes de aquel tercer mediodía. El hambre se me volatizó dejándome más liviana, y con ese peso de menos, prácticamente floté hasta la hacienda.

Tuve que dejar el carro fuera de la propiedad –uno de los primeros arreglos sería el portón–.

Según me había dicho el agente, el nombre original del lugar era Hacienda Alto Cerro. Hasta donde él sabía, en su tiempo fue una próspera finca agropecuaria. Al tratar de obtener más información sobre su historia, arrugó un poco la cara, se secó la nuca con un enorme pañuelo, y garabateó su explicación. Una mujer, tenía enterado, se enumeraba como la primera dueña. Luego se le pierde el rastro y aparece un ricachón norteamericano que la compra. Este se tiene que ir de Costa Rica por razones no precisadas y la deja en venta. Después de mucho tiempo la compran de nuevo, y de nuevo se le coloca el cartelito pródigo. Es aquí donde su agencia de bienes raíces encuentra un papel en la obra. Hacía como cinco años un hombre firmó el contrato, y desde eso había estado luchando por venderla.

"Muchos novios –me dijo– echándole serenata, pero solo eso, pura bulla". Ya estaba a punto de rescindir ante la frustración y las constantes llamadas de su cliente, cuando aparecí de la nada y le quité ese dolor de muelas, dijo. Entonces entendí la ganga que tuve; ese precio habría sido de miedo en el pasado, pensé. Ya finiquitado el trato le hice libremente un comentario al respecto. Esperé una reacción negativa ante mi irreverencia. Pero, el hombre se limitó a arquear las cejas –por cierto, muy acordes con su talla–, se arregló la faja del pantalón y dijo un sentido y breve: "¡Suerte!".

Abrí la puerta principal de la casa con ansiedad. De veras, el vendedor estaba por tirar la toalla, no se había molestado en pasarle ni un trapito para entregármela con algo de decencia. Y, con todo y sus telarañas y polvo, se veía hermosa. Tiene una amplia sala, engalanada por gradas de roble accediendo al segundo piso. En ambas plantas había cuartos suficientes para poner una mediana pensión, con dos espaciosas estancias en cada una que se me ocurrió serían usadas para salas de televisión, estudio o biblioteca. Además, en el primer piso había una cocina holgada (coqueteó a mis artes culinarias), y un pequeño cubículo lo suficiente como para albergar una oficina digna (la única ventana miraba hacia el frente de la casa). Y en el segundo, un pasillo que daba la vuelta completa, enjoyado con un balcón de vista panorámica a los jardines posteriores y demás hermosuras.

Interrumpieron mi éxtasis varios antojos, pero ¿por dónde dar inicio? Bueno, yo era ser humano, no animal de corral. La limpieza se impuso. A la mañana siguiente, desde mi oficina, contraté a una empresa de aquel ramo. Ser la jefa y dueña no da más libertades que las que da una jaula al pájaro… Pero, ese día saqué la llave escondida en el buche y me fugué.

Llegué a tiempo para salvar algunos muebles viejos. Todavía es posible exprimirle algo de vida útil a un sillón de la sala, un par de sillas plásticas y una cama con su colchón ubicada en una habitación del segundo piso. Cuando terminaron vino la otra limpieza: la de mi chequera.

Serían cerca de las cinco cuando se fueron, y la soledad me dio un abrigo de intimidad bastante cálido, una sensación de hogar, como si tuviera tiempo de vivir allí. Me senté, pues, en el sillón y recosté mi cabeza en el respaldar. Una porción del cielorraso, bien alto, perdido allá en el segundo piso, estimuló mi imaginación. "¿Qué tal si… pago a pintar algún paisaje...?", pensé e interrumpí de golpe la idea del posible proyecto porque, con el rabillo del ojo, creí observar una especie de bulto apoyado en una porción de la breve barandilla de ese piso. Giré mi cabeza. Nada.

Reacomodé mi postura en el sillón y sentí una brisa fresca dándome en la nuca. Me levanté con la intensión de buscar la ventana culpable de semejante polizón. No lo pude hacer; en ese instante tocaron a la puerta. "Se les habrá olvidado algo a los muchachos de la limpieza –especulé–. Pero, ¿cómo entraron, si dejé el portón con llave?". Los golpecitos se repitieron y no lo dudé más. Al llegar a la puerta experimenté algo de temor. Sin embargo, abrí sin titubeos. Di dos pasos hacia fuera, me detuve y miré. El temor se transformó en cólera: caminando como si nada, una figurilla se alejaba apaciblemente, buscando la frescura, deduje, de unos árboles de mango a la derecha del portón eléctrico, casi topando con la tapia del frente. "Pero, ¡qué descaro! –pensé–, seguro hasta ahora era lo común en la gente del barrio".

Terminé de bajar las gradas de la entrada, llegando hasta la inmediata explanada de pavimento que servía de parqueo. Traté de observar. Mis ojos fallaron, no logré definir si era mujer u hombre, y su ropa se esfumaba como en un dibujo artístico. Lo único más o menos claro era su relativa pequeña estatura. "¿Un niño?", me pregunté. La distancia fue obstáculo pues entre el portón y la puerta principal mediaban casi los trescientos metros, y el intruso me llevaba un adelanto de más de la mitad. Esto me pareció inaudito y se iba acabar allí mismo. Grité furiosa: "¡Oiga, usted, lárguese! ¿No sabe que es propiedad privada? ¡Voy a llamar a la policía!". Y la figurilla salió corriendo.

Mi cálculo anterior había sido exacto: el prófugo se escondía entre la arboleda de magos. Lo perdí de vista detrás del más grande. Tomé el celular para llamar a la policía, pero… ¿si era, en realidad, un niño? Ese pensamiento me bajó algo del colerón. No hice la llamada. Decidí manejar la situación primero yo. El niño o niña no tendría estrictamente la culpa. Si podía hablarle, enviaría un mensaje bien clarito a sus papás.

Encaminé no sin recelo. Traté de mantener la mirada fija en la arboleda, expectante a cualquier movimiento sorpresivo.

Ya a unos cuantos metros me detuve y dije tres palabras, esta vez con calma para no amedrentar. La respuesta vino de un vientecillo fogoso entre las hojas de mango. Esperé. Nuevamente elevé la voz. Pasados instantes tensos de silencio, decidí acercarme. Era evidente el sonido de mis pasos sobre el césped crecido. El invasor no había salido de su resguardo, de eso estaba segura. Paré la marcha a dos escasos pasos de distancia del árbol, y dije: "No sé quién es usted, pero si sale podemos hablar, ya no estoy enojada, palabra". Silencio. Avisé, entonces, mi siguiente movimiento –no quería parecer un gato cazando a un ratón–, y respirando con el corazón en la garganta, di la vuelta al tronco hasta llegar al otro lado. No había nadie. No lo podía creer.

Miré, pues, en todas las direcciones que la física de este planeta permite y no hallé al fugitivo. Perpleja y asustada, así me sentía, hasta que el mismo vientecillo de antes movió de nuevo las hojas de los mangos y provocó un ruido que venía de la tapia, a unos cinco metros de donde me encontraba. Noté un arrogante arbusto de veranera. Lo vi tan estratégicamente colocado, que mi mente maliciosa me empujó a curiosear. Y ¡bingo! Un agujero, del tamaño justo para que un niño o alguien de poca talla pasara, era protegido por la planta. "Se debe estar muriendo de la risa", pensé, y otra vez sentí cólera. De seguido tomé el celular y llamé a Sofía, mi secretaria, para ver cómo conseguía la reparación lo más pronto posible.

—Sofía, llame a don Marco. Dígale que envíe a algunos de sus peones para reparar una tapia de concreto, y que… no, no, si se pudiera entre… no, ya es tarde; mañana a más tardar, ¿claro?... ¡Ah, la junta! Se me había olvidado… ¿Cómo se oyen los accionistas?... Bueno, bueno, yo… sí, vea si es posible pasarla para las siete, yo… sí, sí, contrate a los del *catering* de la vez pasada y… Está bien, pero dele prioridad a lo de don Marco, y me llama en cuanto tenga noticias de la junta.

Una reunión delicada, con accionistas delicados… un delicado fastidio, pero ni modo.

Treinta minutos después me informaba Sofía del cambio de horario y de don Marco. Este último, un constructor con quien ya habíamos tratado anteriormente, vendría al día siguiente con puntualidad. Miré el reloj. Si quería mostrarme aplomada y segura y con ideas convincentes en la reunión, debía descansar un poco y comer algo. Llamé a mi madre, ella sabe cómo preparar una buena merienda "fortalececerebros", nunca falla. Cerré, pues, la casa, monté en mi vehículo y salí de la propiedad.

Los manuscritos

La reunioncita estuvo "de pelos". Por fortuna, logré convencer a los accionistas, motivé a una lluvia de ideas, se vislumbraron correctos y prometedores derroteros mercantiles y todos quedaron felices y contentos, casi casi "de besito en cachete y pellizco en nalga". Eso sí, terminé agotada. Al salir de la oficina se me ocurrió una idea loca: pasar la noche en la casa de la hacienda. Llamé a mamá, le comuniqué la decisión, y me enrumbé con la alegría de "una chiquita con muñeca nueva".

Las diez… las once… no lo recuerdo ahora, pero la noche ya iba avanzada cuando dejé el carro en el parqueo de la explanada. Abrí la puerta y subí las gradas hacia el segundo piso. Aún sin muebles –de lo que me ocuparía en los subsiguientes días–, hice mía la cama aquella en uno de los cuartos. Este daba vista al frente de la casa y una perfecta panorámica hasta la calle (además de permitirme ver si regresaba el intruso o algún otro). Extrañamente el cansancio se me fue yendo. Las horas me pasaron entre planes de remodelación y compra de muebles. Ya veía la casa en el cien por ciento de su capacidad habitacional, ya a mi madre viviendo aquí. Este último pensamiento me ilusionó. Desde que papá murió, mi madre había soñado con vivir en una finca, o en una propiedad con espacios verdes, con olor a hierba, plantas, árboles frutales y todo eso. Ella se había criado en ambientes de campo, más sanos, y mi papá se los había colmado. Pero al morir, mamá vendió la casa y sus terrenos, quería alejarse de los recuerdos y su dolor. Por fin podría quitarle el mal sabor de boca, pensé. No me di cuenta de si dormí poco o lo mínimo, pero vi llegar el nuevo día con el alma alborozada.

Comencé por pedir cotizaciones para un menaje completo e impecable. Eso me llevó toda la santa mañana. Tendría respuestas por la tarde. La expectativa se fue transformando en ansiedad y no quería darle esa conquista. Así que decidí, ya iniciado el

primer trecho de la tarde, darme un paseo por los jardines y predios de la hacienda.

Caminando por aquí y por allá, pasé cerca de uno de los establos. Este se había construido alejado de la casa, incluso lejos de los otros dos. Daba la impresión de ser más reciente; la madera se veía libre del ataque del comején y las láminas de zinc sin corrosión. No tuve ni tentaciones de arrimarme. Para mí los caballos y demás animales de granja nunca han sido mi desvelo. Inclusive pensé en derribar los tres establos en cuanto pudiera. Pero, de repente, hubo algo que me motivó para ir a husmear: creí oír un quejido saliendo del armatoste. ¿Miedo? En lo más mínimo. ¿Curiosidad? Hasta en las posaderas. Además, no tenía la más mínima intensión de brindar motel gratis a nadie (aún me mordía lo de la tarde anterior).

Eran como las dos. A pesar de haber una estación lluviosa de mal genio, ese día estuvo de buen humor. El establo había tenido un candado enorme que al agente de bienes raíces le costó abrir. Maldijo con lo más selecto de su vocabulario, y acto seguido hizo lanzado el dichoso "candadito" como disco olímpico. Llamó mi atención que hubiera otro candado, y que en mi llavero, el que me dejó, estuviera la llave exacta, colocada de primero en el orden de pequeñas a grandes. No recordaba que fuera parte del manojo. "Obvio, la colocó antes de entregármelo, su manera de disculparse por la escenita", concluí.

El establo estaba resguardado por una fronda de árboles de mango, prácticamente lo rodeaban. El microclima era bastante frío y húmedo. Si la penumbra pesaba en día soleado, ¿cómo sería en día de nubarrones? Y el silencio me anonadó. ¡El salto que di al pasar por mis pies una lagartijilla, o el otro susto al escuchar el irrespetuoso gorjeo de un par de yigüirros alborotados! Todo era soledad y lejanía, excelente para un romance pasional; pero caí en cuenta de la imposibilidad de una entrega amorosa allí dentro. La verdad, casi devuelvo mis pasos. Lo decidía, cuando el ruido de una olla al caer o algo por el estilo llegó del interior del establo.

De seguido, un viento fuerte tuvo que saltar desde atrás de la construcción para llenarme los ojos con polvo. "¡Cuántas cosas estarán tiradas!", pensé, y no dudé más.

El candado cedió al tacto, apenas requiriendo la gracia manual de una princesa cursi. Al abrirlo se me cayó con todo y cadena. Zarandeé levemente la puerta corrediza para ver si era difícil abrirla. En efecto. La puerta y sus rieles estaban pésimos. No me di por menos y la forcé. El escándalo habría enloquecido a los caballos de haber estado la caballeriza en su tiempo.

Adentro la opacidad era la dueña, y me impuso su autoridad. "De haberlo planificado me traigo un foco", me lamenté. Me fui, pues, a tientas por la pared de mi derecha para intentar dar con la luz eléctrica. En balde, al dar con ella no funcionó. O estaba desconectada la fuente o había fusibles quemados. Ni modo, no tenía ganas de salir con los bolsillos de mi pantalón llenos de frustración. Saqué mi celular y encendí su foco. Buena y potente la lucecita esa, lo suficiente como para tener un campo visual decoroso. Claro, ahora descubría por qué el agente ni siquiera hizo amago de querer entrar después de lo del candado, la oscuridad le dio más información de la cuenta, la mínima para alertarlo de una posible caída de la transacción, aunque a mí, la verdad, no me interesó echar ojo al caramanchel; no habrían sido necesarias sus mal escogidas excusas.

La vista me asqueó. Cualquier cantidad de tiliches, cacharros y objetos herrumbrados para la monta, abandonados desde quién sabe cuándo. Seguro ni el anterior propietario había dado una mano a tanto desparpajo. Había cosas tiradas por doquier: baldes de latón y plástico, palas, machetes, ollas de aluminio todas abolladas, varias sillas para montar rotas y carcomidas, espuelas oxidadas, tiras de cuero quizá sobrantes de trabajos de talabartero… y más desperdicios, como restos de reglas de madera, dos escaleras rotas, tarros vacíos de pintura, varias sillas de plástico con solo una pata cada una… Me detengo, la lista sería para llenar varias hojas de inventario. Me queda el detalle de

un rincón muy peculiar. Amontonaba variados juguetes viejos; eso sí, eran de niña, no cabía la duda: muñecas y peluches, jueguitos de trastes, una cómoda pequeña que en su tiempo sirvió para que la dueña se arreglara, peinara y maquillara por horas. Esculcando hacia esa dirección, recordé lo de la supuesta olla caída. Lancé la luz en distintas direcciones. Colgaban en una pared lateral algunas ollas maltrechas. Al pie encontré a la accidentada, determiné. Al acercarme la vi muy llena de telarañas y con cualquier cantidad de huevos de cucaracha en su interior. No parecía haber recién caído, las telarañas mismas la anclaban al piso. "Otra sería", pensé, y ya.

El viento, haciendo barullo, se coló por unas rendijas más al fondo e impelió a iluminarlas. Esto me llevó a observar una serie de estancias donde se debieron guardar los caballos. Yo de eso no sé gran cosa, ni el nombre exacto conozco. Advertí una buena cantidad, incluyendo tres más amplias, quizá para las yeguas recién paridas, imaginé. Veinte animales se debieron acomodar con toda holgura.

Flotaba en mis especulaciones, cuando chillidos de rata, me pareció, salían de uno de esos lugares. "¡Vaya soberano dolor de jupa!", pensé, sobre todo por pasadas malas experiencias. Me acerqué despacio, no por guardar sigilo, sino para no caer con tanta basura. Al llegar a la entrada, un par de ojos me devolvió la luz del foco, y la correteadera para salir del inminente peligro no esperó. La condenada rata se me perdió de vista al lanzarse por un agujero esquinero, ¡muy a su medida…!

Estaba por mandarle una mentada de madre, pero me detuve. ¿La razón? El animal había salido huyendo desde la tapa de una caja de madera bastante grande, lo cual redirigió mi luz con ligereza. ¿Una especie de baúl? Tal vez. No quise razonar a la distancia. Pasé. Era una caja de elaboración muy simple: hecha en madera de cedro sin pintar ni lijar, bisagras con sus horas contadas por la herrumbre y sin cerrojo.

Sucia hasta para empolvar con solo verla, le di unos golpecitos a un costado para averiguar si tenía inquilinos. No hubo respuesta. La abrí sin más. Subió un apestoso olor a moho (este último se extendía por casi todo su interior). Me tuve que tapar la boca para no vomitar. Pese a ello, iluminé, metí la mano y saqué varias cosas: una bolsa plástica transparente con hojas de papel, un celular muy maltratado, un lápiz, un bolígrafo y, por último lo más interesante, una prueba casera de embarazo con dato positivo. "¡Vaya, amiga, no te escapaste del susto, ¿verdad?!", cavilé jocosa.

Con todo eso, salí a como pude del establo, y decidí terminar mi paseo para regresar a la casa.

Afuera, el follaje de los palos de mango, en primera instancia, me impidió darme cuenta, pero al salir de su protección atardecía con celeridad. No creí que durara tanto adentro, ¿me entretuve al punto de perder la noción de la hora? Lo cierto es que llegué a la casa con las últimas luces de ese día.

Entré por la cocina y subí hasta la habitación.

Sentada a la orilla de la cama, me concentré en el contenido de la bolsa. En efecto, eran hojas de papel rayadas, unas tamaño carta, otras de cuadernos escolares más pequeñas, escritas unas por ambos lados, algunas con dibujos. De entrada solo medio me interesó el frío dato numérico de su cantidad. No las conté al dedo –me dio pereza–, pero, serían unas quince o veinte hojas, algo dañadas y tirando a ese color pajizo que delata tiempo.

Un viento con ganas de darse a sentir elevó las cortinas de mi ventana hasta desnudarla. Y la luna llena, coqueta, me saludó con delicada educación. Con el puñado de hojas en las manos me levanté para dar un vistazo a la noche. "Vaya, oscureció rápido", pensé. Mi mirada abarcó todo el frente de la casa, la calle asfaltada hasta el portón con diversos árboles frutales sembrados a ambos lados. Entre árbol y árbol, cerrando filas, hermosos arbustos

de veraneras rojas. Lo mejor de su floración ya se había ido con el verano, pero no se daban por menos. La noche despejada me recordó que, yendo por el pasillo, tendría un mejor paisaje desde el balcón. Cerré la ventana, pues, y salí.

Caminé despacio, contando los pasos.

Veía las puertas cerradas de las habitaciones con indiferencia. Pero, conforme caminaba, fui experimentando cierta agitación en el pecho, una serie de sentimientos desapacibles, en especial al pasar frente a una habitación con la puerta entornada. Era como si allí… como si allí estuviera pasando algo malo, y ese mal saliera hasta el pasillo para dejarse sentir. A pesar de tener el corazón casi en las amígdalas decidí entrar. "Debo estar loca", me dije.

Ya dentro las sensaciones se acrecentaron. Totalmente vacía, creí tener la impresión de estar en un cuarto amueblado, y desde el sitio donde podría estar la cama –me figuré– percibí la mayor cantidad de malestar, como si en su porción de espacio estuviera la fuente de todo aquello. Y lo puedo asegurar, no miento, fue al dirigirme hacia allí cuando sentí miedo, un miedo que no era de temer la presencia de algo fuera de lo natural, no; era de experimentar un estado, una realidad de constante angustia. Y me azoró la certeza de una soledad aplastante, no de ausencia de compañía, sino de falta de auxilio. Estaba paralizada, los pies no me respondían, pero, haciendo violencia a mi voluntad, conseguí salir.

Por fin fuera, di unos cuantos trotes alejándome lo más posible de aquella estancia.

A cada centímetro iba recuperando la serenidad, hasta que un cansancio repentino me detuvo y obligó a apoyarme en la pared. De momento no lo advertí, pero luego de varios segundos noté que la pared se ponía caliente. No quemaba aún, pero quité de inmediato la mano. Además, sentí un tanto húmeda la palma. La oscuridad del pasillo fue grosera, sin embargo, la lógica me impuso su opinión de ser simple sudor. Sin más, me limité a limpiarla en mi pantalón de mezclilla.

Mientras me quitaba aquella incomodidad, no sé por qué, di varios pasos hacia atrás hasta pegar con la otra pared. Me volteé curiosa, la toqué tímida, y… estaba fría. Comenzaba a tener nervios. Empero, siempre he sido una mujer que ha enfrentado sus temores, nunca los he rehuido o dejado posesionarse de mí. Respiré profundo, me alisé el cabello y retomé el destino anterior.

El balcón me aseó la mente. La luna llena casi en el cenit, creaba sombras en los árboles, dejando, también al descubierto los vuelos de una lechuza y varios murciélagos. Cuando el agente me mostró la propiedad, puso especial énfasis en la hermosura que develaba ese balcón. No necesitó de mucha argucia, el paisaje le ganó en elocuencia y credibilidad. Establos, jardines, senderos empedrados, veraneras, árboles… La mirada se perdía en algunas arboledas a la distancia, la mente me fantaseó con duendes y hadas jugando en esos sitios, escondiendo secretos, planeando maldades o posibles bondades.

A la distancia se notaba un pequeño riachuelo que cruzaba la hacienda. Las mil criaturas nocturnas que estarían en sus afanes, el agua encubriendo sus fechorías y sus amores. Me deleitaba en visualizar las escenas de pequeños fantasmas saltando de piedra en piedra mientras tramaban a quién asustar en horas más propicias. Y tal vez el sosiego de la noche, tal vez el sosiego de mi imaginación… o el escape visual del paisaje, pero creí escuchar el sobro de un trote, un caballo paseando por la hacienda, como un trozo de imaginación que completaba el cuadro campestre de mi lienzo mental.

Fugaz, apenas perceptible, el espectral sonido se alejó encubierto en las alas de una lechuza que traía en su pico una presa muerta. Entonces, me perdí en su vuelo y la seguí hasta verla refugiarse bajo el techo de un kiosco viejo a unos cuantos metros de la casa. Las emociones por amueblar la vivienda me impidieron recordar la intensión de restaurarlo pronto. "Ya me veo tomando allí café una tarde de estas con mi mamá", le comenté en su momento al agente de bienes raíces. La lechuza me avivó el deseo

y las ganas de visitar el kiosco. Lo dejaría para las horas de luz. Pasaría… no recuerdo cuánto tiempo y pensé en volver al cuarto.

En eso recordé las hojas. Me entró la cochina curiosidad por leer algo de su contenido antes de irme, aprovechar la frescura de la noche. "Y ¿diay?", me dije, pues no las traía, habría porfiado que sí. Decidí, pues, regresar, no sin antes despedirme de la lechuza deseándole una buena cena.

Llegué al cuarto con rapidez. Pasé frente a la habitación aquella con alas en las pantorrillas, ni se diga de siquiera ver la pared caliente. (Aunque estuve tentada en tocarla de nuevo para ver si...).

No sabía qué hora era, ni me mortifiqué en averiguarlo; el sueño se había ido montado en el lomo del caballo trasnochador, pensé, riéndome de mí misma. Me senté en una de las sillas plásticas rescatada al equipo de limpieza, y me di a la revisión de las hojas.

Como si me hubiese inyectado cafeína pura en la vena, las primeras hojeadas me excitaron. Y ¿cómo no? Mis ojos penetraron en la vida de alguien, quizá de la familia completa que vivió originalmente aquí. Algunos folios eran dibujos, dibujos tratando de reproducir la casa y parte de su paisaje, junto al llamativo cerro vecino. Esos dibujos se repetían; a veces bien trabajados, a veces con hartos tachones y hasta huecos en la hoja de tanto borrar. De seguido, me ruboricé al ver otros un tanto… creativos. Dibujos, estos bien acabados, de enormes falos; algunos solos, otros escondiéndose en las profundidades de su compañía femenina… Los pasé rápido… El resto de hojas estaba escrito.

Hojeando por encimita, hallé dos tipos de redacción. Una era de estilo diario. Pero la mayoría era como… como si alguien estuviera narrando una historia, quizá el intento de escribir un relato o algo por el estilo. También, desconozco sobre literatura y esas cosas. Pero de algo sí me hallaba segura: la redacción estaba hecha por la misma persona, la misma letra acusaba al mismo escritor. Calculé la hora –no me molesté en ver mi reloj–; bastante tarde,

y a pesar de mi insomnio, no quise abusar. Solo di una leidita a la primera página. Era del diario:

"Hoy comenzaré. Mi amiga puede tener razón. Aquí él no me podrá encontrar, este es un lugar alejado y silencioso. Siempre he querido algo diferente de la vida, de la mía y de la de mi mamá. Lo merecemos. La vida no ha sido justa con nosotras y lo quiero decir así, sin miedo, sin tener que sufrir represión de nadie y mucho menos de él. Desde muy pequeña siento que mi existencia es una mierda y la verdad ya estoy cansada de eso. Otras ríen, mientras yo lloro. Otras tienen un lindo futuro, mientras yo ni siquiera sé si dentro de un rato estaré viva o muerta. Eso es una insufrible desgracia, y ya no quiero más de eso, ¡ya no más!

Hace como dos noches vino mi amiga y me dijo que todo puede cambiar, que ella tenía la solución. Me pareció curiosa, hasta simpática, pero estoy dispuesta a todo, estoy desesperada. Jamás imaginé una cosa como esta. Voy a ser puntual hasta donde me sea posible. El colegio está apretando bastante, como si fuéramos universitarios.

Le pregunté a mi amiga si este lugar es en verdad seguro. ¿Qué tal si él me encuentra?, ¿qué le voy a inventar? Me contestó que no me preocupara, ella se va a encargar de que él no me sorprenda mientras escribo. Termino aquí, debo ordenar mis ideas, saber qué es lo más importante para redactarlo, cómo hacerlo bien y que quien lo lea nos pueda… ¡Estoy loca, lo sé! Pero, ¿qué otra solución hay? Si alguien la sabe que me lo diga, por favor".

Acerca del autor

Geovanny Soto Sosa (Geovanny de Sosa, su seudónimo) nace en San Ramón el 17 de febrero de 1972, y vive desde entonces en Esparza. Hace estudios superiores en la UCR sede del Pacífico en Puntarenas, en Educación Especial, obteniendo el grado de bachiller en 1999.

Escribe relatos cortos, publicados en periódicos regionales como *Mi Cantón* (Esparza) y *Mi Tierra* (Grecia) entre los años 2010 y 2014. Además, publica relatos marianos en la revista *Miriam Universal* de los padres carmelitas descalzos de Andalucía, España, entre los años 2012 y 2014.

En el 2014 gana el 1.er lugar en el certamen de poesía Jorge Debravo del SEC, y en el año 2015 obtiene el 3.er lugar en ese mismo prestigioso certamen literario.

En el 2016 publica su primera novela titulada *Los Claveles de Melannia*, bajo el sello de la editorial Alebrije Ediciones. Y ese mismo año, gana el 1.er lugar en el Certamen de Literatura Infantil y Juvenil de la Editorial URC 2015, con la novela juvenil *Los Dueños de la Casa*, obra que se publica en el 2017, y se incluye en la lista oficial del MEP, como lectura sugerida para estudiantes de 9.º año.

Junto a los logros en letras, también ha dedicado espacio al campo de la composición de canciones de diversas temáticas, de las cuales ha compuesto dos de corte folclórico y grabadas en estudio. Una de ellas, *Pincel y Gubia*, ha recibido el reconocimiento de la ciudadanía de Sarchí en el cantón de Valverde Vega, tema que exalta a esta preponderante ciudad cultural costarricense.

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
Librería UCR Virtual.

LIBRERÍA
UCR
VIRTUAL

Una joven y exitosa empresaria decide comprar una bella y majestuosa casa, enclavada dentro de la antigua hacienda agropecuaria Alto Cerro. Así cumple un sueño para ella y su madre. Pero, obtendrá algo más que eso; pues, casi por accidente, encontrará una serie de documentos ocultos por toda la hacienda, manuscritos que revelaban la vida íntima de una familia y, en especial, la de su autora, una adolescente llamada con el singular e inusual nombre de Kókkina.

La empresaria deberá dilucidar la veracidad o la ficción en cada línea, si es solo producto de excelente inspiración o el grito de auxilio frente a los abusos intrafamiliares más atroces. Esto lo agrava la vivencia de experiencias sobrenaturales que la irán envolviendo desde el primer día que habitó la casa. ¿Entes etéreos? ¿Recuerdos atrapados dentro de las paredes? ¿Lamentos de un pasado no tan distante?… El tiempo pasa y se agota la posibilidad de respuesta alguna, ¿por qué?

Todo se complica con la visita de un familiar cercano, según dice de la propietaria original, un poeta que hizo carrera en Europa y regresa con fines nada claros. Con él llegan más fenómenos paranormales que llenarán de horror y, curiosamente, de esperanza el corazón de la protagonista.

EDITORIAL UCR